

PACO IBAÑEZ CANTA EN LA SORBONA



UNES, 12 de mayo. Como hace un año —veinticuatro horas más o menos—, los estudiantes entran a apretujones por la puerta pequeña de la Sorbona. Todo alrededor de la vieja Universidad de París, camiones de policía vigilan a los estudiantes barbudos y melencos que se dirigen a la cita.

¿Es la reocupación de la Sorbona? ¿Es posible? ¡En una Francia centripeta —Pompidou-Poher-Poher-Pompidou—, tanto monta!... No; la nueva ocupación de la Sorbona es obra y arte de Paco Ibáñez, profeta en París antes de haberlo sido en su tierra.

El anfiteatro Richelieu, donde se había previsto el recital, no puede albergar a tanta gente. Micrófonos, altavoces, guitarra y cantante salen entonces al gran patio. Nada extraño ya: el año pasado los respetables muros de la Sorbona ya habían asistido a la aparición de un surrealista piano de cola...

Aparentemente, el ambiente, para un cantante con las inquietudes de Paco Ibáñez no puede ser más exaltante. Aparentemente. Nada más. Mientras que Paco Ibáñez afina la guitarra, un grupo de estudiantes, seguramente para ponerse a tono, inicia uno de esos himnos de la «España que bosteza», como dice Machado en unos versos que después cantaría Paco Ibáñez: «Triste y sola se queda Fonseca...».

Víctor Hugo, que tantas vio durante el mes de mayo del año pasado desde su pedestal, jamás se sonrojó tanto. Por si fuera

poco, alguien lanza una piedra a Paco Ibáñez. Uno de los organizadores advierte que hay provocadores entre el público.

«Deja, deja, es igual», dice Paco Ibáñez.

Mayor será su éxito. Los que antes cantaban «Fonseca» aplauden rabiosamente los versos de Miguel Hernández, que, seguramente, no conocían:

«Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decidme en el alma quién
levantó esos olivos...».

y que en la música y voz de Paco Ibáñez adquieren una resonancia excepcional, a menos que sea la piedra secular de la Sorbona, deseosa de repetirlos.

Termina el recital. Apoteosis. Es la coronación de la carrera de Paco Ibáñez, entre este público, uno de los que prefiere...

«No —me dice— es la continuación de mi carrera, y lo que más me alegra es ver la reacción del público».

Bajo estas palabras de modesta sinceridad, la Sorbona se va desalojando, pacíficamente, lentamente, al revés de lo que sucedió hace un año.

Al salir, la policía escudriña a los «enragés» de Antonio Machado, del Arcipreste de Hita, a estos barbudos y melencos que mañana volverán a las aulas de la Sorbona con una canción española en los labios. ■
R. L. CH. Fotos: MARULL.

